

UNA MAÑANA LLENA DE LLUVIA

Santiago Aizarna

Llovía aquella mañana en San Sebastián, y en la cuenca del Bidasoa y tampoco había cesado de llover en el alto de Ibardin, aunque aquí eran las nieblas las que se habían adueñado del ambiente. Llovía con un sirimiri blando, manso, fino, ese mismo sirimiri de tantas maneras narrado por la pluma de don Pío. Y no éramos muchas personas, acaso cincuenta o algo más, las que nos habíamos reunido en la calle Oquendo, frente a la casa donde el mismo novelista cuenta que nació:

“He nacido en San Sebastián, el 28 de diciembre de 1872, en la casa número 6 de la calle de Oquendo, casa que había construido mi abuela, doña Concepción Zornoza.

No sé por qué me figuraba que había nacido en la calle del Puyuelo, calle donde viví después, del pueblo viejo, oscura y húmeda, y que luego han tenido el mal gusto de llamarla calle de Don Fermín Calbetón, que era un político mostrenco y vulgar.

Al decirle a mi madre que no era un lugar bonito donde yo había nacido, me contestó que no; que había nacido en una hermosa casa de lo que antes se llamaba el paseo de la Zurriola, que estaba enfrente del mar, y que ahora no lo está porque han hecho un teatro y unos hoteles delante.

El haber nacido junto al mar me gusta; me ha parecido siempre como un augurio de libertad y de cambio.”

La intención o la pretensión de este grupo de personas era la de colocar una placa conmemorativa en la casa donde nació don Pío. La intención sólo se cumplió a medias. La placa, efectivamente, se colocó en la casa, pero no en el piso que correspondía. Ya se nos había advertido anteriormente a los congregados allí que la dueña del piso se oponía abiertamente a cualquier imposición de placas en sus dominios.

Luego, casi todos los que tomamos parte en este acto, nos fuimos a Itzea. Llovía por la cuenca del Bidasoa, y uno se acordaba vagamente, con fruición,

con una sensual y egoísta delicia de aquella venta singular, una cualquiera de las ventas del camino del País Vasco pero también el arquetipo de la venta recogido por don Pío y a la que se dirige la diligencia, bajo la lluvia:

“Está lloviendo. El ambiente gris envuelve la tierra desnuda del invierno. La carretera, llena de charcos de agua amarillenta, se alarga entre la bruma a medida que la diligencia avanza por entre filas de árboles sin hojas, a orillas del río turbio por las crecidas, junto a la falda del monte, lleno de aliagas y zarzas secas.”

Por este mismo camino que recorreremos vagan los fantasmas de los personajes barojianos. Acaso, el que más se destaca es Lecochandegui, el comisionista de la casa Ehecopar y Compañía, de Pasajes e Irún, “un hombre alto, serio, de nariz larga, los ojos algo tiernos, una boina muy pequeña en la cabeza y una corbata roja en el cuello”, y que “si se pone corbata negra le toman por un cura vestido de paisano, y esto le humilla, porque Leco se siente más republicano que Robespierre”; o Dithurbide, el que había sido cabo de cornetas de un batallón de alpinos, y que se estableció en Ascain, de cantero, y a veces, con varios amigos de Urruña y de Ascain, iba a Vera bajando por el alto de Ibardin, “marchando todos al paso y armado él de una corneta, en la que tocaba aires militares” y que luego se estableció de charcutero, en Alzate, enfrente de la Aduana, y que mientras picaba la carne, cantaba aquella canción que concluía con el estribillo *Larirette, Larirette, Larire...e...e...tte*, y que casó con Cándida, la hija del cabo de Carabineros de la Aduana, llamada por otro nombre *Siete Meneos*; o “Tomate pote”, la hermana de *Anchoca*, el afilador, llamado también como su padre, “Trucumán”, y que era (la hermana), “gorda, cuadrada, chata y pálida. Tenía un tipo exótico como su hermano, ojos claros verdosos, pelo rubio y la piel pecosa. Usaba también anteojos y se ponía, sin duda, varias faldas, como si quisiera aumentar el volumen de su cuerpo” y que “tuvo amores con un carabinero muy chulo que no quiso casarse con ella”; personajes mil por la estrecha geografía bidasotarra que han salido todos de la matriz gigante de Itzea, la casa que es como una gorda barriga de abeja reina, miles y miles de personajes bullendo en ansias de vida, personajes como río que se desangra hacia el mar, Bidasoa abajo entre espumas, lamiñas, salmones y truchas...

Y, camino arriba, llegamos a Itzea donde se organiza un Acto, y como siempre sucede entre los hombres, también algunos se deciden a hablar, cuando todo en la casa invita al recogimiento, al silencio admirativo, a dejarse empapar por los efluvios que de la casona emanan, palabras que van saliendo vanas como las neblinas de fuera, y que, luego, condensadas, las vamos a encontrar allá arriba, en Ibardin, a donde nos ha acompañado la memoria de don Pío...